

## CIEGO

In memoriam

Muertos míos, ¿por qué  
me abandonasteis? Creo  
que ya no podré ser  
nada. Como si un viento  
implacable asolase  
el áspero desierto  
de mi vida, que es  
puro dolor sin término,  
angustia soterrada  
y estéril, tan adentro  
que clava en las entrañas  
aguijón y veneno.  
¡Qué inútil es vivir  
sin vosotros, mis muertos!

metálicos al aire  
y alborotar frenéticos:  
El hombre ha despejado  
los caminos del cielo?  
Todo el cielo es camino  
descaminado, necios,  
y alguna vez se cierra  
y es de Dios el secreto.  
Vosotros, oruguillas,  
larvas de pensamiento,  
ni siquiera podéis  
devolverme mis muertos.

Venid, sabios, doctores,  
magos del mundo entero;  
revivid el milagro  
de Betania, os lo ruego.  
Aquí, bajo esas losas  
de piedra, están sus restos.

Devolvedles la vida.  
Infundidles aliento.  
Dadle voz y mirada,  
latidos y silencios.

Haced que yo les vea  
y que palpe los cuerpos,  
y acaricie sus manos,  
sus frentes y cabellos.

Que no podéis, decís...  
¿Pues qué podéis, pigmeos?  
¿Ir a Marte, a la Luna?  
¿Lanzar unos fragmentos

Os traigo florecillas  
y, dentro, mi recuerdo.  
Son humildes, comunes,  
de un pobre jardinero  
como yo; pero guardan  
el aroma del huerto,  
calorcillo de hogar,  
de lo mío, de lo nuestro.

Mirad este capullo  
vivo, fragante, ledo;  
es como un corazón  
de pájaro latiendo.

Cómo inclinan la frente  
los albos crisantemos:  
nevadas cabecitas  
que presienten inviernos.

¡Oh, mis muertos queridos,  
mis bienamados muertos!  
Os llevasteis la luz  
y me he quedado ciego...

EUGENIO PAYO

José,

## EL LOCO

Cuento Primero.

EL cielo estaba intensamente azul, profundamente azul, por donde ella andaba campo atraviesa, con un libro en la mano. Sus ojos altos, mirando sin mirar una montaña que tenía delante, cerca, casi en los ojos.

Abrió el libro. No podía leer. Quería pensar en algo que se le iba de la imaginación, que no era capaz de centrar en su cerebro. Se acostó en un campo de margaritas. El azul del cielo le impresionaba. Recordó unos versos: «azul hundiéndose azul - cada vez más en el alma». Sintió a alguien a su lado. Tuvo miedo. Sabía quien era aquél que la miraba. Cerró sus ojos. Rezó.

Quien la miraba era José, el loco.

José, el loco, con el pelo casi blanco, alborotado. Los ojos claros, verdes, como un pequenísimo mar de madrugada. Dicen que se puso loco de amor. Nadie sabe bien esa historia. Nadie sabe ya que es eso del amor.

José, el loco, salía al campo apenas amanecía y muchos días no volvía al pueblo por la noche. No dormía o dormía poco. Andaba entre peñas o en el campo raso. Era cosa de verlo en noches de luna.

José, el loco, era un milagro. Nadie sabía de qué comía, si comía. De nadie aceptaba nada. Todos los cabreros de la comarca lo celebraban al verle. El sabía siempre dónde estaban las ovejas y las cabras perdidas. El sabía como nadie cuándo iba a llover, a tronar, a nevar.

Tenía sus rarezas. Besaba los nidos abandonados. Ayudaba a las hormigas a meter pajitas y alas de saltamontes en el hormiguero. Daba refugio entre sus ojos al conejo perseguido, a la paloma mal herida, al perro huido del hombre.

Dicen que comía raíces, hierbas, semillas. Nunca quitó a nadie nada. Jamás pidió una limosna por caridad.

José, el loco, miraba a aquella muchacha asustada, latiendo bajo una blusa morada, como un trozo de tierra tocada por Dios. Abría y cerraba los ojos. Se llamaba Mariana. Conocía, como todos los del pueblo, a José. Lo había visto en sus sueños corriendo entre los riscos del monte como una cabra salvaje. Oyó el comentario de

que un señor importante quiso emplearlo en su hacienda y que José no quiso. Que otro le ofreció pan y agua un día que lo encontraron desfallecido y no los aceptó porque aquel pan no le quitaba el hambre ni aquella agua la sed.

Mariana, con los ojos cerrados, veía a José, el loco. No sentía ya miedo. José estaba de rodillas ante ella. Parecía que la adoraba.

Mariana sonreía. José se sintió feliz en aquella sonrisa. Miró una mano de Mariana, posada en la hierba. Entre los dedos se escapaban dos margaritas, José besó aquella mano. Le pareció que bebía en un arroyo delicioso hasta saciar su sed almacenada en el alma toda la vida, José miró aquellos ojos que se habían abierto, aquella boca llena de asombros y sorpresas. José murmuró algo. Y despacio. Se alejó. Levantaba la cabeza baja. Iba meditando sobre su melancolía.

Todavía había mucho azul en el cielo cuando entró Mariana en el pueblo. Se le acercó el muchacho de siempre y le habló:

– Anda, vamos.

– No. Esta noche, no – dijo. Y se quedó mirando la cima de la montaña por donde quizás andaría José, saltando de peña en peña, de árbol en árbol, de suspiro en suspiro.

En su mano aún quedaba la estrella de un beso. Del beso de un loco que saltaba a la comba, del ladrido de los perros.

\*\*\*

### Cuento Segundo.

José, el loco del pueblo aquel, saltó de una peña a otra. Quería volar. Cuando saltaba abría los brazos y miraba al cielo pidiéndole alas a los ángeles. Se quedaba en un aliento, en un suspiro, en un aire, en un ¡ay! José hubiese querido ser águila y se quedó en un pobre hombre, en un paria, en un nadie. Le gustaba ver las cosas bajo sus ojos. De arriba a abajo, como desde un púlpito, desde una cátedra, desde una cima, desde un altar. También le gustaba mirar de abajo a arriba. Adorando. José, como estaba loco, no sabía bien lo que le gustaba. Variaba como el viento en la veleta.

José, al saltar de peña en peña, se hizo daño en un pie. Le sangraba. La tierra recogía su sangre. Sangre en ovillo, en nido, en corazón.

La cogió con las manos. Olía como una rosa. Sabía como una rosa. Temblaba como una rosa. Era una rosa.

Le sacudió el rocío y sonó a vísperas, a versos, a alma.

Era una rosa – poema, una rosa – palabra, una rosa – corazón. Se la colocó entre los dientes. Quiso comérsela y siempre se le quedaba a flor de labios. La arrojó contra la roca y volvió a sus manos más ardiente, más frase, más pura, más sangre.

Allá en el prado de las margaritas vió una muchacha. Era Encarnita.

Como aquello que sostenían sus manos, encarnación de unas letras.

A nadie mejor que a ella para darle la rosa.

No era Encarnita. Ni Mariana. Ni Josefina. Ni María.

– ¿Quién eres, mujer?

– ¿A quién le importa quien soy?

– Voy a darte esta maravillosa rosa. Es poema. Es alma. Es corazón.

– ¿Para qué puede servirme?

– Puede besarte. Hablarte. Quererte. Llevarte por el mejor y más impresionante camino. Canta mejor que el agua, mejor que el pájaro, mejor que las hojas del álamo.

– Y, ¿qué?

– Puede ser tu refugio de muchas horas.

– Soy mujer. Necesito casarme.

– Pero yo no puedo ser tu marido. Estoy loco, Todos lo saben.

Todo quedó en silencio mucho tiempo. Quizás pasase un momento o un día, o muchos siglos. Cuando miró a la mujer que tenía delante encontró una pantera que le miraba. Una pantera que se llamaba lógica y toda ella se hacía ojos. Unos ojos terribles, acusadores, sarcásticos: pueblo.

José buscó aquella noche refugio al lado del lobo. Y se pusieron los dos a aullarle a la luna. Y así estuvieron toda la noche.

\*\*\*

### Cuento Tercero

José, el loco: se había subido a un nogal centenario. Llegó allí sin saber cómo. Andando días y días sin saber qué era lo que deseaba, qué era lo que le movía. Estaba recordando: «deja un regusto en la boca – a rama verde mordida». ¿Por qué recordaba aquellos versos? Entre las hojas de un libro tenía él una rama verde besada, mordida, gustada. El verde es amargo, el rojo sabe a lumbre, el amarillo a agostito: el morado a tarde, el gris a otoño, el azul a ella...

A dos pasos de donde estaba había una ermita. Amanece luminoso, altísimo, azulado. Las cigüeñas volaban bajo, quietas, reposadas. José presintió a mayo en la sangre. Las puertas de la ermita se abrieron de par en par. El hijo del ermitaño echó las campanas a vuelo. Le ayudaba el cura a darle la vuelta completa a la más grande que se llamaba Santa Cecilia.

Por el camino se veía venir a la gente entre cantos, sol y polvo. Las mozas gritaban sobre las mulas, abrazadas a sus novios, a sus hermanos. Algunas madres venían detrás oliendo a aceite frito, a tortilla, a sudor.

José no bajó del nogal. Desde allí vió la procesión, el baile, los mozos borrachos.

El campo se manchaba de gritos, de restos de comida, de papeles sucios, de vino, de latas.

José estaba avergonzado de ser semejante a aquellos seres. Pero, no, él estaba loco.

Se oyó una copla: «Qué puede importarme a mí – que tú te vayas con otra – si yo con otro me fui?

Y, después: «No eches más leña al fuego, — que ya está todo que arde — A ver quien lo apaga luego».

Recostada en el tronco del árbol dende estaba José había una chiquilla. Soñaba. José quería entrar en aquel sueño porque José era un loco. A José se le ocurrían cosas así, de lo que era. La muchacha debía andar con su pensamiento por alguna orilla. Ya sabía José a quien se le parecía. A Anita la de las Cañas. Gaditana, que se quedó un día y para siempre en la orilla del mar, en la puesta de sol, en la puerta de un mundo. diciendo adiós con las manos. con su pañuelo azul, por que se llevaron su corazón mar adentro, llanto adentro, noche adentro.

Aquella chiquilla sentada en la raíz del nogal era Anita. Sin duda.

José, el loco, la llamó en un susurro, como si fuese brisa, como si fuese vuelo de ángel, como si fuese yoz de una hoja de árbol. Anita miró. Eran en verdad viejos amigos. Tan viejos como el mundo.

Y reían.

Alguien miró al nogal y dijo se está levantando viento. Vamos antes de que sea tarde.

Anita desapareció de la raíz del nogal. José la vislumbró lejos.

Casi hecha viento, casi hecha nube, casi hecha eco. Después la notó sumida en su sueño. Y allí andaba de reina en la fantasía de un loco. Hasta que José despertó a fuerza de pedradas y risas, de gritos y varazos de los mozos y las mozas que tenían ganas de verterse en cualquier sitio. En el sueño de un loco.

JESUS DELGADO VALHONDO



# SEQUIA

POR FERNANDO BRAVO

## I

*Arrugas y cicatrices  
cruzan la cara del campo.  
Tronco y ramas, sólo ramas,  
el árbol.*

*Muere la fuente  
sin ataúd ni sudario;  
muestra el cauce del arroyo  
su amarillo esqueleto de guijarros;  
tras un velo de polvo incommovible  
envejece el paisaje ensimismado.*

*La congoja absoluta del silencio  
cuaja en fervor abrasado  
hacia el Cristo sangrante de la aldea  
que abre en cruz la esperanza sin cansancio.*

## II

*La sequía es honda llaga inaprehensible  
que desangra la tierra,  
deja la carne sin besos en los labios  
y torna los espíritus en espectros  
de un mundo alucinado.*

## III

*Un sol duro y vengativo  
momifica almas y campos.*

*Y el Cristo recoleto de la aldea  
mana sangre —eterna fuente—  
para la sed del pecado.*